nido, no dejó de sorprenderle la pregunta de Tivolier, á quien miraba con extrañeza, pero sin cólera.

—¡Cómo! ¿Un Consejo de guerra?

—Sí, ¡en Guelmá! ¡en Guelmá!—respondió el joven admirándose de haber podido encontrar tan pronto aquel nombre.

—Responded á ese cargo—gritó el auditorio en masa dirigiéndose al comandante.

—¡Explicaos, Sr. Verdier!—añadió el presidente.

—¡Despreciad esa calumnia!—dijo Cappois, que rugía de cólera.

—¡En Guelmá! ¡En Guelmá!—gritaba Tivolier con encarnizamiento.

—¡Silencio!—interrumpió el presidente Rouillard. —Tiene la palabra el ciudadano Verdier.

Garousse no cabía en sí de regocijo al ver el giro que tomaban las cosas.

El comandante quiso hablar; pero la sangre, agolpándosele á la garganta, ahogó su voz. En sus oídos resonaban, aturdiéndole, las frases: ¡Un Consejo de guerra en Guelmá!... ¿Con qué objeto habían inventado semejante calumnia?

—Está impreso—dijo el obrero,—y si queréis—extendió el número de *La Anguila de Melun*—leeré.

—Sí, leed—dijo el comandante; — quiero saber todo lo que han inventado sobre ese particular...

Un hombre alto, delgado, que tenía trazas de militar (Fournerel), se levantó como un relámpago, y, atravesando por en medio de la multitud, se precipitó en la tribuna de los electores, pidió la palabra, concediéndosela á sí mismo, apoyó la mano sobre el comandante y, lleno de indescriptible cólera, dijo con energía:

—Es inútil. Ese inmundo papel no se leerá aquí. Yo lo prohibo. ¡Yo!... ¡Fournerel!... ¡No hay una palabra de verdad en todo ese asqueroso y repugnante papelucho, ni una sola palabra! El comandante Verdier, del 5.º de artillería, no ha sido nunca acusado de nada, jamás ha habido quien dude ni por un segundo de su honradez. Os lo juro. ¡Y si esos que le acusan tienen tanto valor personal como indignos son al herir por la espalda... este veterano, que se haría matar mil veces por defender la honra sin tacha de su comandante, les espera para hacerles comprender lo que vale la honradez y demostrarles el crédito que merecen gentes tan sin conciencia ni temor de Dios!

Fournerel había permanecido, durante el curso de su peroración, delante de Verdier, como si se tratara de recibir por él una lluvia de proyectiles del enemigo.

Miraba al redactor de *La Anguila* con tal coraje y de manera tan insultante que no había provocación que aventajase á aquella mirada.

Saboureau se había levantado en ademán de contestar á Fournerel; pero se contentó con retorcerse el bigote y sonreir. La intervención del veterano causó gran impresión en los ánimos.

Verdier, aunque agradeció mucho las muestras de cariño y el entusiasmo de su subalterno, se conceptuó un tanto humillado por haber tenido necesidad de su defensa.

Tivolier, volviendo de la impresión que le causaran las palabras del veterano, dijo:

—¡Eso no nos explica lo que pasó en Guelmá, que es lo que queremos saber!

—Es verdad, ciudadano comandante—dijo el ciudadano Rouillard;—poco os costaría dar una explicación acerca de ese malhadado asunto.

La multitud estaba convencida de que todo aquello no era más que una trama urdida contra el candidato. La cuestión de Guelmá «ese mal, hadado *asunto*,» como decía el presidente, no existía.

El veterinario Guenaut, que no dudaba del comandante, encontró mal que éste se obstinara en guardar silencio en asunto que tanto podía perjudicarle. Viendo la reunión que no había medio de saber lo ocurrido en Guelmá, y dejándose llevar de esa volubilidad que es tan frecuente en las masas, levantó á una la voz entonando una canción, cuyo estribillo era: ¿Y Guelmá?... ¿Y Guelmá?

—¡Guelmá!—dijo Verdier recobrando su sangre fría.—El redactor de la hoja que el señor lee—y señaló á Tivolier—debe informaros é informarme á mí mismo acerca de ese asunto; yo no puedo saber de lo que se trata, toda vez que nunca he estado en Argelia.

—¿Nunca?—exclamó Tivolier algo sorprendido.

—¡Jamás!... Por eso digo que *La Anguila de Melun*... el periódico de Garousse...

—El redactor está presente—dijo Fournerel señalando á Saboureau de Reville.—¡Que se explique! El es quien debe dar explicaciones.

Garousse, algo confuso, hizo señas á Saboureau para que se explicase y lo hiciese pronto, porque la cuestión iba tomando muy mal cariz.

Saboureau pidió la palabra á Rouillard:

—Es verdad que se ha publicado en *La Anguila* una historia á la cual no es ajeno el comandante, cosa que deploro con toda mi alma. Ha sido una mala inteligencia, y soy el primero en declarar que el hecho en cuestión no atañe en nada al comandante y mucho menos al candidato.

—¡Bravo!—exclamó Garousse, que no creía salir tan bien parado de aquel mal paso.

Muchos de los circunstantes repitieron la frase de Garousse; tan sólo Tivolier parecía desconcertado.

—¿La cuestión de Guelmá?...—repitió.

Saboureau refirió lo que había ocurrido:—El oficial sometido al Consejo de guerra en Guelmá—dijo—no era comandante de artillería, sino teniente de cazadores; no se llamaba Verdier, sino Richommer, y no fué acusado de exacciones ilegales, sino de heridas causadas en duelo. Todos estamos sujetos á errores—añadió—y el periodista más que nadie por el poco tiempo de que dispone para comprobar la

verdad de los hechos antes de publicarlos. Tengo, pues, una gran satisfacción en restablecer la verdad de éstos en este caso concreto, y deploro con toda mi alma el error de que ha sido víctima, afortunadamente por poco tiempo, el señor Verdier.

Garousse se felicitaba del giro que había tomado la cuestión, esperando que no dejaría de perjudicar al comandante á pesar de las explicaciones de Saboureau, conociendo, como conocía, la tendencia de la humanidad á creer más fácilmente en lo malo que en lo bueno, aunque para esto último haya pruebas más concluyentes.

Los electores parecieron desde aquel momento neutrales en la lucha entre ambos candidatos; pero el señor Rouillard, queriendo deslindar los campos y conocer el número de partidarios del uno y del otro, pidió á la asamblea su opinión, siendo contestado con una salva de aplausos á ambos candidatos, quedándose, por consiguiente, sin saber á cuál de los dos se daba la preferencia.

El comandante, deseando respirar el aire libre, salió á la calle acompañado de Ducasse y demás amigos, encaminándose hacia el Ayuntamiento, en donde les esperaba Charvet.

—Ha sido una gran lástima—decía Ducasse al comandante—que no hayáis tratado la cuestión del periódico desde el punto de vista que debíais hacerlo. *La Anguila de Melun* representa á Garousse, y debíais haber indicado á éste como inventor y propagador de esa infame calumnia con el propósito de obtener, por tan degradante medio, el triunfo de su candidatura. Triunfo que le será muy difícil obtener por medios lícitos.

—¡Qué buen golpe si hubiérais dicho: *La Anguila de Melun*, ciudadanos, no lleva su verdadero título. Su verdadero título es: *El Aspid de Melun!*

Guenaut y Cappois, que escuchaban la conversación, pensaron que era hombre muy oportuno aquel Ducasse.

—Oportuno y de sangre fría, que son las dos virtudes que necesita un hombre político—dijo Cappois.

—¿Quién no necesita virtudes?—preguntó sonriendo Ducasse, que había recibido á quemarropa las lisonjas de los dos miembros del comité Verdier.

Llegados que fueron al Ayuntamiento, Charvet preguntó algo inquieto:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Os habéis defendido bien?

—No lo sé; lo que sí puedo aseguraros es que he sentido deseos de estrangular á un imbécil...

—¡Oh!—dijo el senador.—¡Estrangular!... Un candidato debe sufrir los ataques con mucha sangre fría, pues es la única manera de poderse defender bien de ellos.

—Pero ¿puede conservarse la sangre fría ante una absurda é infame calumnia?...

—¡Bah!... ¿qué importa eso? ¿Sabéis lo que contes-

to yo cuando por cuestiones políticas me recriminan mis adversarios?

—No—dijo Verdier.

—Fijaos bien en las frases, pues siempre han surtido el efecto que yo me proponía.

Y aquí el senador, como si estuviera ante un numeroso auditorio, pronunció con voz gruesa, pero con ademán digno y levantado, estas palabras:

«Si se pudiera abrir mi corazón, señores, no hallaríais en él más que estas dos palabras profundamente grabadas, que son mi divisa: «Honor y Patria.» Esta es mi respuesta.»

—¡Bravo!—exclamó Cappois.—El señor senador tiene razón, esas palabras responden á todo.

Verdier se estremeció, levantándose vivamente de su asiento. Por las ventanas de la Casa Consistorial, que estaban abiertas, llegaba hasta ellos el griterío de ruidosas aclamaciones, sintiéndose el rodar de un coche:

—Es Garousse que se retira en su coche—dijo Guenaut.

—¡Su coche!—exclamó Ducasse.—¡Un socialista en coche!

—¡El socialismo no está reñido con la riqueza y las comodidades!

Verdier y sus amigos salieron juntos, y una inmensa multitud les siguió vitoreándoles: la voz de Fournerel sobresalía entre todas gritando:

—¡Viva el comandante Verdier!...

El candidato estaba muy triste. Tenía deseos de dejar á Chailly y de hallarse á solas con su sobrina. Su primera prueba ante el sufragio universal había sido muy dura. Acusado de una infamia en la cual ni remotamente había tenido parte, su elección le causaba el efecto de un calvario en que las estaciones no estaban exentas ni de improperios ni de heridas.

—¡Qué tranquilo me encontraba yo en París! ¡Hoy domingo estaría paseando con Gilberta por Versalles... y...!

—Comandante—dijo Charvet tocándole en el hombro,—es preciso que penséis en vuestra proclama y que la redactéis sin pérdida de tiempo.

—En efecto—dijo Verdier pasando de repente de la fantasía á la realidad.—No me acordaba de tal cosa.

—Antes de imprimirla es necesario leerla y corregirla bien. ¡No hay tiempo que perder! Sed claro y conciso, hablad de todo en pocas palabras. Guenaut y Cappois os harán las indicaciones que necesitéis; yo mismo os puedo suministrar algunos datos.

—¡Os doy las gracias, señor Charvet! ¡La arreglaremos lo mejor posible!

El pobre comandante no tuvo desde aquel momento más que una idea fija; pero cruel como una agonía lenta. ¡Aquella profesión de fe obligatoria en donde era preciso hablar poco y decir mucho!...

—Yo creo—añadió el senador—que lo mejor de todo, el supremo arte en estos casos, es no decir absolutamente nada y que parezca que se dice mucho.

Gilberta esperaba la vuelta de su tío con ansiedad; así es que cuando la señora Herblay entró en el salón anunciándola su llegada, experimentó verdadera alegría, si bien embargaba su alma un vago temor de que su tío no volviera satisfecho.

En efecto, el comandante, acompañado de las mismas personas que á la ida habían salido en carruaje con él, volvía al lado de su sobrina más triste y más pensativo que cuando salió. Gilberta, yendo á su encuentro, le preguntó por lo bajo:

—¿Estáis contento de vuestra excursión?

—¡No estoy disgustado!... ¡Es una cosa que fatiga algo... pero se hace uno superior á la fatiga!

Y al pronunciar estas palabras trataba de sonreir para tranquilizar á su sobrina.

—¿Ha aniquilado el comandante á su enemigo Garousse?—preguntó la señora Herblay.

Verdier, inclinándose, contestó:

—¡Aún no!... ¡Se necesita más tiempo para eso!

—¡Ah! comandante — dijo graciosamente Enriqueta,—¡pensad en que el partido republicano camina al abrigo de nuestra égida!

Cappois y Guenaut se miraron. Ambos conocían esta palabra, que había servido ya para Charvet y para Zavouillet...

Ducasse buscó, sin encontrarla, una frase ingeniosa en que la palabra *espada*—la espada del comandante—fuera la antítesis de la famosa égida.

La señora Herblay quiso detener á Cappois y Guenaut algún tiempo más; pero les fué imposible complacerla; tenían que ir á casa del Gobernador, á cuya mesa estaban invitados.

—¡Cómo! ¿Está el Gobernador en Melun?—preguntó Enriqueta.—Apostaría á que está en París.

—No hay opereta esta noche—murmuró Cappois—y...

—El círculo de los entusiastas del *can-cán* libre está cerrado—añadió Guenaut.

La señora Herblay le señaló á Gilberta con una mirada y el veterinario enmudeció. Después, despidiéndose de Enriqueta, dijo á Verdier tendiéndole la mano:

—Si queréis tomar mi consejo, comandante, es necesario que os mostréis muy enérgico, que os *acentuéis*. El país está muy adelantado en ideas... y Garousse es capaz de llevarse los votos con sus patrañas... Muchas gentes os aconsejarán que echéis *agua en el vino:* yo en vuestro lugar le echaría un poco de alcohol.

El comandante no respondió; pero se convenció aún más de que era de su deber combatir para hacer respetar la ley de la libertad, que creía ver en peligro. *¡Acentuarse!* El no podía ser más que lo que era: un hombre honrado que creía en el deber y en el respeto á las leyes.

—Guenaut tiene razón—añadió Cappois con majestuoso tono.—Vuestra profesión de fe debe ser muy enérgica en sentido liberal... ¡con ciertas restricciones!...

Dejaron al comandante bajo esta impresión y tomaron el coche de Guenaut, que había de conducirles á Melun, y, ya en él, recapitularon los pequeños incidentes del día.

—¿Qué os parece el candidato?—preguntó Guenaut á su compañero.

—Es un hombre honrado y bueno—dijo Cappois; —pero me parece que no es muy apropósito para las intrigas de la política.

—Lo mismo creo.

—En cambio Garousse...

—¡Ah! ¡Garousse es precisamente lo contrario!... ¡Mal adversario tenemos! Los que hayan leído en *La Anguila* la cuestión de Guelmá creerán siempre culpable al comandante. ¡La lava hace sus estragos por do quiera que pasa!... ¡Mucho me temo que el comandante escape muy mal en esto!

—Y nosotros con él—añadió el notario algo inquieto, y mirando el reloj.

Tenían el tiempo preciso para llegar al Gobierno.

Se trataba de una comida íntima para de sobremesa tratar los asuntos del día, pudiendo hacerlo con entera libertad, pues el Gobernador era soltero, y no tenían, por consiguiente, atenciones que guardar al bello sexo.

Al llegar al Gobierno les dijeron que el Gobernador estaba ausente, de lo cual quedaron ambos muy sorprendidos, porque no habían recibido aviso alguno comunicándoselo. El Sr. Gobernador, sin embargo, lo había expedido por correo, según aseguró el conserje...

—¡Yo no he recibido nada! ¡Ni yo tampoco!—dijeron Guenaut y Cappois.—¡Venimos de Chailly!...

—El señor secretario—dijo el conserje—aclarará este enigma.

—¡Ah! ¡El señor de Berlemont! ¡Está el señor de Berlemont!... Pasadle nuestras tarjetas.

Boulier de Berlemont recibió á Cappois y Guenaut con amabilidad suma.

—El señor Gobernador—les dijo—se ha ido disgustadísimo á París, adonde le ha llamado por telégrafo el señor Ministro.

Decía esto con tanta seriedad que hizo sonreir á los dos amigos, quienes sabían muy bien que lo que le habría hecho ir á París sería alguna intriga amorosa, sospechando que lo del Ministro era tan sólo un pretexto.

El secretario dijo que tendría mucho gusto en dispensar los honores de la casa á los huéspedes de su jefe.

Guenaut y Cappois cambiaron una mirada de inteligencia, como preguntándose si debían aceptar el convite no estando allí el Gobernador.

—¿Por qué no?...—se dijeron con la vista.

La comida estuvo muy animada. El señor de Berlemont habló con mucha imparcialidad de los diferentes Gobiernos. Dijo, entre otras cosas, que, á pesar de los pesimistas, el progreso seguía matemáticamente una marcha ascendente con todos los Gobiernos.

—Lo cual quiere decir que si un Gobierno nuevo subiese al poder... el señor de Berlemont...—dijo Guenaut con la franqueza que da el *Kummel*, parándose sin terminar la frase al ver la actitud fría y severa en que se colocaba el secretario.

A las nueve se separaron, quedando los huéspedes sumamente satisfechos de la amabilidad del señor secretario, aunque sin dejar de notar que lo que con ellos había cometido el Gobernador era una falta de cortesía que no hablaba muy alto en favor de la educación de aquel elevado funcionario.

—¡A menos que los negocios de Estado!...

—¡Oh!—murmuró Guenaut.—¡Los negocios de Estado!... ¡Tienen buenas espaldas los negocios de Estado!...

Al pasar por la Alcaldía se pararon delante del antiguo edificio para contemplar la estatua de Jacques Amyot, que daba la espalda á la fachada del edificio en que se proclama en los días de elecciones el resultado del escrutinio.

—Aquí es donde sabremos quién va á suceder á Charvet—dijo Guenaut.—¿Por quién apostáis vos, Cappois? ¿A quién le adjudicáis la sucesión de Charvet?

—Apostaría por nuestro candidato.

—¡Nuestro candidato!... Si no ha de cumplir bien con su misión, valiera más elegir otro. ¡Yo elegiría otro!

—No tenemos á nadie que...

—Ya encontraríamos—dijo Guenaut.—Cualquier cosa es mejor que un mal candidato.

Siguieron á lo largo de la calle, y al revolver de una de sus esquinas, el veterinario se detuvo ante la fonda, en cuyas cuadras, como de costumbre, había metido el coche y el caballo.

—Hasta la vista—dijo á Cappois.—¿Váis esta noche á Chailly?

—Me parece que no, porque es ya muy tarde y tengo gana de descansar—dijo el notario tendiendo la mano á Guenaut, que se disponía á empujar la puerta.

En aquel momento se abrió ésta, dejando paso á una dama envuelta en una especie de mantilla de encaje, y á quien acompañaba un joven elegante y vivo en sus movimientos.

Guenaut se desvió un poco para abrirles paso, y Cappois se arrimó á la pared, dejando toda la acera á los dos jóvenes, que apresuraron el paso.

Al ver á los dos amigos la joven se echó el manto á la cara con la prontitud del rayo; pero la luz de un mechero de gas que daba de lleno sobre ella hizo dar un grito de sorpresa al veterinario.

—¡Esto es chocante! ¿Les habéis conocido?—dijo vivamente.

—¡Pardiez! Ya lo creo. ¡El joven Montbrun!

—¡En el *Gran Monarca* á estas horas, estando tan cerca su casa!... ¿Y quién es la mujer?

—Eso es lo más asombroso—dijo el notario, que, en efecto, parecía, no sólo asombrado, sino también aturdido.—Si os dijera que he creído reconocer...

—¿A quién?

—¿A quién? A la sobrina del comandante Verdier.

—¿La jovencita? ¿La que le soplaba en el ojo?

—¡Sí!

—¡Qué idea!

—¡Sí... sí... delgada... pálida... con traje negro! ¡Ella es, no hay duda!

Y el notario mostraba á la joven, que, en efecto, al contemplarla á lo lejos hacía pensar en la sobrina del comandante.

—¿Pero cómo queréis, Cappois?... ¡Vamos!...

Y bruscamente bulleron en la imaginación del veterinario una porción de complicaciones, que crecían y crecían con la rapidez de visión que hace de la vida de provincia una vida al microscopio, en la que los más pequeños acontecimientos toman gigantescas formas, microbios convertidos súbitamente en monstruos.

Sin embargo, Guenaut (porque Cappois creía en él) no quería creer en este microbio.

—¡Es imposible, Cappois, es imposible!

—¿Imposible? No, no es imposible. ¡Lo he visto yo, lo he visto!—repitió el notario con firmeza.

—Vamos, el *Kummel* que hemos bebido nos ha rastornado el cerebro.

—No, no; yo os afirmo que la he conocido perfectamente.

—¿Y cómo vamos á votar á un candidato cuya sobrina tiene amores con un Conde? ¡Con el hijo del candidato legitimista! ¡El Conde de Montbrun! ¡El hijo del Marqués, del candidato legitimista, con la sobrina del comandante! ¡Oh! ¡Las mujeres, las mujeres!...